

LOS ORÍGENES DEL STALINISMO

LUIS MIGUEL ÚBEDA

Lenin. Una biografía

Robert Service

Título original: *Lenin. A biography.*

Traducción: José Manuel Álvarez Flórez.

Prólogo Manuel Vázquez Montalbán.

643 páginas.

Editorial Siglo XXI.

Madrid, 2001.

Cuando el británico Robert Service penetró en los archivos secretos del Partido Comunista de la Unión Soviética en Moscú en 1991 debió experimentar una sensación que pocos historiadores han disfrutado. El profesor de la Universidad de Oxford y especialista en historia soviética había escrito ya algunos trabajos, entre ellos, una biografía anterior en tres tomos, *Lenin: A Political Life* (1985, 1991) y en 1979 *The Bolshevik Party in Revolution. A Study in Organisational Change*, no traducidos al español. Su única obra publicada en España por Crítica en 2000 es *Historia de Rusia en el siglo XX*.

Según su propia descripción, los archivos se encuentran magníficamente conservados en un sótano que da paso a un búnquer a prueba de ataque nuclear. Las puertas blindadas se cierran como las escotillas de un submarino y dentro existe un mecanismo que expelle un gas para conservar los documentos y que mataría a cualquiera que lo respirara mucho tiempo. De aquella visita y otras nació su nueva biografía, que pretende integrar en los aspectos públicos de sus obras y acción política lo privado, el personaje que emerge de su correspondencia, los documentos inéditos, las fotografías y los recuerdos de familia. Para el biógrafo, el resultado es un “personaje más comprensible como político” (XXIX) y más completo: el “Lenin revolucionario y el Lenin hombre son inexplicables sin remitir el uno al otro” (íd.)

Sus conocimientos acerca de la Rusia revolucionaria se aprecian en la selección bibliográfica, que divide en cuatro entradas: *Archivos*, *Colecciones documentales*, *Memorias y obras contemporáneas* (casi todas ellas en ruso) y *Fuentes secundarias*, predominantemente en inglés.

Service acota su terreno rechazando caracterizaciones de otros autores, algunas realmente peregrinas, como el Lenin filántropo, el político y pensador intachable, el psicópata sediento de sangre, discute que sus doctrinas procedan exclusivamente de principios marxistas, pero también la de que tomó sus ideas fundamentales de revolucionarios rusos no marxistas o que fuera

ajeno a las tradiciones rusas y rechaza que Lenin pretendiera minimizar el autoritarismo de su partido y del Estado soviético o que intentara antes de morir reformar el comunismo para desvincularlo de la dictadura, la lucha de clases y el terror.

El acercamiento de Service es más “leninista” que “marxista”, la política sobre la economía y la voluntad sobre las condiciones objetivas. Como historiador, Service introduce incluso algo tan sutil y resbaladizo, pero no menos operante, como la buena o mala suerte imponiendo caprichosos designios en los momentos cruciales de 1917-1918. Y los bolcheviques tuvieron suerte cuando Lenin sobrevivió a los atentados y asaltos en el anárquico Moscú de aquellos años.

Si otros factores solo aparentemente más tangibles como la naturaleza peculiar de una Rusia en turbulenta transformación, las derrotas militares del zarismo, el celo y sentido práctico del partido bolchevique y otros no hubiesen operado a su favor, “Lenin habría sido un actor secundario en un rincón del escenario de la historia mundial del siglo XX” (XXVII). Pero el hecho es que fue un “personaje inesperado. Su vida y su carrera extraordinarias demuestran, como mínimo, que es necesario que todos se mantengan vigilantes. No son muchos los personajes históricos que han conseguido este efecto. Demos las gracias” (568).

En la descripción cronológica de la vida del biografiado, el historiador abunda en detalles antes apenas conocidos de los ancestros de Lenin. Si los orígenes en la pequeña nobleza rural de Simbirsk eran sabidos, Service descubre supuestos rasgos “mestizos”, herencia de un bisabuelo materno, Moshko Blank, de origen judío pero más bien antisemita, quien educó a sus hijos en la ortodoxia y las tradiciones rusas.

A pesar de haber sido uno de los pocos privilegiados en penetrar en su santuario, Service no se contagia de ninguna simpatía ni por la persona ni por el político: “Le impulsaba más la pasión destructora que el amor al proletariado”, “una bomba de relojería humana”, “hipocondríaco”, “manipulador de mujeres” (XXXI). “Engañó a su esposa, explotó a su madre y a sus hermanas, fue un quejica en cuestiones de salud, no tenía gran opinión de los rusos, ni siquiera de la mayoría de los bolcheviques (...) Era aún más brutal en sus cartas y en sus telegramas que en sus libros. Gran parte de su correspondencia era tan cínica que Stalin prohibió su publicación (...) Era un tipo un poco raro (...) meticuloso en su régimen diario, llegando a lo obsesivo respecto al silencio en su despacho, a los lápices bien afilados, a lo de prescindir de distracciones hasta el extremo de privarse del ajedrez, de Beethoven y de la encantadora Inessa. Se inmiscuía en la intimidad de sus camaradas (...) Hubo en Lenin hasta el final algo de niño mimado (...) que raras veces tenía problema para conseguir la atención que necesitaba” (567).

Esta frase da pie a Vázquez Montalbán para escribir un prólogo (“Lenin o el papel histórico de algunos niños mimados”) que chirría con el libro al mencionar el “*revival* de la historiografía liberal conservadora”, y el “trato historicista” que algunos dan a la revolución soviética después de la caída del sistema, o cuando recrimina a “otros historiadores menos implicados en la razón revolucionaria” (¿Service?) que aprovechan la desaparición de la URSS para una “radical demostración de la maldad, cuando no de la perversidad esencial del diseño, y más allá de la generalizada condena del stalinismo, se aborda ya sin disimulos una condena de Lenin como padre de todas las batallas” (XIV).

Admite la importancia de su ideología en su modo de actuar, pero como historiador trata de señalar los obstáculos que Lenin se encontró en su camino y cómo los superó. “No cabe duda de que es necesario considerar a Lenin dentro del marco de su época. Pero también es indudable que, en último término, fue crucial su influencia personal sobre los acontecimientos de su época y del período que siguió” (XXIX), aunque en alguna ocasión abusa de discutibles inclinaciones personales para explicar hechos históricos.

Cuando habla de la ejecución de los Románov en Yekaterimburgo en 1918 a Service solo se le ocurre mencionar como motivación principal de esa orden el resentimiento de Lenin (“nunca había olvidado el ostracismo a que habían sometido a los Uliánov después de la condena de Alexander Ilich (su hermano)” (412). O la dudosa y abstracta venganza: “Lenin exterminó a los Románov porque habían gobernado mal Rusia” (íd.) La explicación resulta muy desenfocada, entre otras cosas porque convierte a Lenin en un desfacedor de entuertos, tan alejado de sus pretensiones. Desde el punto de vista leninista y marxista, ¿qué gobernante *burgués* ha gobernado bien? Solo el que allana el camino de la revolución socialista.

Acaso podía haber buscado otra más congruente con la idea leninista de operar con unas reglas de juego a vida o muerte que haga imposible la vuelta atrás, con independencia de quién gane. ¿Quién puede discutir que los factores personales no estén presentes siempre? Pero a veces son tan recónditos que rayan lo inefable. En este caso, además, los elementos de juicio políticos se adivinan con mayor entidad que los psicólogos y explicarían certeramente el vergonzoso asesinato de un zar destronado, su mujer, sus hijos y sus sirvientes. ¿No da el suceso más de sí que el simple resentimiento? ¿No inaugura ese crimen una forma terrorista de entender la política que se mantuvo a lo largo del siglo?

Service no discute la continuidad entre Lenin y Stalin, la constata, aunque ello disguste al prologuista Vázquez Montalbán. En sus páginas queda meridianamente claro que, al igual que el autor no niega que Lenin bebiera preferentemente en Marx (por mucho que el ruso añadiera otros elementos), Stalin no hizo sino desarrollar la herencia leninista y que consistió básicamente en trasladar al partido los mismos métodos terroristas que el leninismo reservaba para los enemigos de clase. Lenin no mandó fusilar a sus compañeros del comité central como haría luego Stalin, pero se empeñó bien a fondo en ordenar la violencia sistemática contra los adversarios. Y el terror (“¡Ahorcad, ahorcad, ahorcad!”) no fue ni mucho menos una figura retórica, sino una consigna de obligado cumplimiento.

INFORMACIÓN Y NOTICIAS

Es curioso que el acceso a los archivos que han permanecido secretos durante años hayan revelado, en realidad, cosas trascendentes que no se supieran antes.

La sensación que uno tiene al leer este *Lenin* es análoga a la que me produjo *De los archivos literarios del KGB** que glosaba específicamente la represión de los años treinta contra los intelectuales disidentes reales e inventados; y

* Vitali Chentalinski, *De los archivos literarios del KGB*. Ed. Anaya-Mario Muchnik. Barcelona, 1994. Reseña en Cuadernos del Este, nº 15.

cuya materia prima había sido la investigación del autor en el famoso “séptimo fondo” de la Lubianka, donde se contenían tomos con las listas de miles de fusilados, como el escritor Isaac Babel, con una probidad burocrática semejante a la de los nazis que registraban el número de judíos que entraban en los crematorios y las necesidades de Zyclon B. Allí como aquí había datos, sí, pero escasa información, porque era de sobra conocida y estaba publicada en cientos de libros, memorias y documentos.

Desvelar que Lenin tuvo en Inessa Armand su amante con la que tuvo una larga colaboración política, que era muy hábil reprimiendo la exteriorización de sus sentimientos, que era el favorito de su madre y sus hermanas (en parte porque se convirtió en el primogénito tras la prematura muerte del padre y el casi simultáneo fusilamiento de su hermano Alexander, un *narodniki* que participó en una conspiración para asesinar al zar), que fue un estudiante brillante, que se pegó con un compañero de clase porque rompió sus preciados lapiceros o que se paseaba por el Kremlin apagando las luces que sus camaradas se dejaban encendidas ayudan a dibujar un cierto carácter, pero seguramente inútil para conocer a fondo a una persona de su influencia y aun más para explicar su comportamiento político, que es de lo que se trata.

No solo porque el Lenin aquí retratado proceda en parte de testimonios de *sus* mujeres después de 1924 y no del interesado, un profesional de la política y la revolución desde que le salieron los dientes y que escribió muy pocas cosas personales, sino porque el componente íntimo de ilustres personalidades suele resultar insuficiente cuando no banal.

En muy pocos casos existe correspondencia entre sus rasgos psicológicos y los actos que protagonizaron. Son tan tremendas las consecuencias en sangre y dolor que no hay explicación posible desde lo personal. ¿Podríamos explicar a Stalin por una personalidad paranoica? ¿Y a Hitler como un demente necesitado de cariño? ¿Y a Pol Pot como un frustrado? ¿Habría avanzado mucho la historiografía de poder probar estos diagnósticos de aficionado?